

El “Pequeño Hans” revisado: homenaje a “un hombre invisible”*

Franco Borgogno

I.

En un artículo de 1998 he presentado el caso del Pequeño Hans (Freud, 1909) como un punto de inflexión en los años de fundación del psicoanálisis.

Punto de inflexión no tanto como ejemplo clínico de las hipótesis teóricas recién formuladas por Freud (me refiero a aquellas relativas a la teoría de la sexualidad por él expuesta y publicada en “Tres Ensayos de teoría sexual” de 1905), sino desde el punto de vista de su actitud psíquica como terapeuta en relación a sus pacientes. Es decir que he argumentado, estudiando a Freud en sus pasos iniciales como psicoanalista, cómo en el tratamiento del caso de Hans, él asumió una actitud de escucha muy diferente de aquella que tomara anteriormente (con Dora, por ejemplo, tema sobre el cual volveré más adelante, si bien concisamente), demostrando capacidades de identificación y de separación en relación a los “derechos” y a las “razones” de los pacientes, antes todavía no entrenadas suficientemente en su estilo de analizar (Freud, 1909).

Como sabemos, en este tratamiento Freud ya no es directamente el analista, sino el supervisor, y es justamente gracias a esta amplia-

* Parte de las ideas presentadas en ese trabajo, que es fruto de más de veinte años de experiencia en la docencia de las ideas de Freud a estudiantes universitarios, a alumnos psicoterapeutas de niños de la A.S.A.R.N.I.A. (escuela de formación modelo Tavistock, ligada a la Cátedra de Neuropsiquiatría Infantil de la Facultad de Medicina y Cirugía de la Universidad de Torino) y a candidatos en formación de la Sociedad Psicoanalítica Italiana, ya han sido recientemente retomadas y actualizadas en Borgogno, Ferro (2004).

El autor agradece de modo especial a la *Rivista Psicanalitic*, de la SPI (Sociedad Psicoanalítica Italiana), por haber autorizado la publicación en español de este trabajo.

* Este trabajo fue traducido por la Licenciada Carla Scotti de Donizetti.

ción (y profundización) de su rol, que le es posible, mientras trabaja, mantener una distancia más equilibrada y acorde frente a las vicisitudes de la cura. Es decir que puede –es ésta la hipótesis subyacente en mi artículo– empezar a reconocer el impacto de los aspectos narcisistas y defensivos del terapeuta, al entrar en contacto con las problemáticas del paciente, dando lugar de rebote a una mayor y nueva atención a los movimientos emocionales y afectivos recíprocos de los dos *partners*, en el diálogo que se desarrolla en la sesión y en el curso del análisis, y a las características únicas y singulares del que pide ser recibido y asistido en sus dificultades vitales específicas. Una atención que, en cierto sentido, anticipa aquella capacidad de “segunda mirada” que sólo lentamente se constituirá como parte de nuestras herramientas analíticas, haciendo que nuestra disponibilidad receptiva y nuestra ayuda interpretativa sean cada vez más aprovechables y estén más auténticamente al servicio de los pacientes. Freud, a mi entender, habría empezado precisamente en esos años a equiparse, fortaleciéndose en su práctica y recurriendo al compromiso autoanalítico, con aquella función de “*listening to listening*” (Faimberg, 1981), que permite no subvaluar la comprensión de la colaboración inconsciente del paciente a favor de los propios puntos ciegos contratransferenciales, sin dejar que las teorías “sobreestimadas” nos intimiden.

¿En qué consiste, en la realidad del encuentro clínico, este germinal cambio de actitud suyo al que me estoy refiriendo? Esencialmente en que con este trabajo Freud, más allá del objetivo declarado de presentar, por medio del análisis de la fobia de Hans una prueba evidente de la neurosis infantil que suponía oculta y reprimida en los fenómenos neuróticos adultos, revisa y critica minuciosamente en la supervisión que ofrece al padre del niño su propia forma de relacionarse con los pacientes, juzgándola ahora –en retrospectiva– por momentos demasiado autoritaria y tendiente a imponerse, por estar más acorde a sus ideas, que fiel a los hechos clínicos.

Freud se muestra además, en los comentarios y observaciones que ofrece en estas páginas, mucho más flexible en su posibilidad de identificarse tanto con el niño como con el analista, alcanzando casi –como yo he puesto de manifiesto (tal vez de manera algo excesiva) en mi artículo– una perspectiva bipersonal del acto psicoanalítico. Parece, en otras palabras, haber conseguido principalmente comprender los movimientos profundos de comunicación que ponen a prueba la conversación entre padre e hijo en la dedicación con la que

sigue paso a paso el hilo de su diálogo, al punto de llegar a indicar al lector y a los colegas la necesidad que haya, a los fines de un buen proseguimiento del análisis, que reajustar el propio nivel de silencio y de palabra con un constante monitoreo de las respuestas que damos al paciente y de las señales que éste nos reenvía. Señales que revelarían no sólo sus reacciones subjetivas y defensivas a nuestras intervenciones y no intervenciones, sino también algo que concierne a nuestra implicación y a nuestra posición emotiva inconsciente en relación al paciente.¹

Pero a pesar de haberme excedido un poco al subrayar este *turning point*, que a decir verdad sólo está a nivel embrionario, en aquellos años Freud está sin duda dando un salto hacia adelante en el descubrimiento de los factores cruciales que caracterizan al procedimiento analítico actual, tratando posiblemente de enmendar descuidos pasados y lagunas recurrentes en sus primeros análisis. Pienso en particular, y lo repito, en el breve análisis de Dora (Freud, 1905a), que como sabemos se interrumpió debido a un malentendido de la pareja analítica: malentendido que –si se lo examina desde la posición relacional sostenida por Freud– es muy similar a lo que, años después, en 1932, Ferenczi hará conocer con el término de “confusión de lenguas”.

Se trató –lo recuerdo– respecto del caso Dora, de no haber en sustancia diferenciado bien, en el material analítico disponible, entre lo que se refería al ámbito de la “nursery” (de los niños pequeños) y lo que en cambio se refería al verdadero ámbito del “lecho conyugal” (de los adultos): falta de distinción ligada a que al mismo tiempo no se dio la debida consideración a la hipocresía, a la manipulación, ni a la confusión que circulaban entre las figuras importantes del ambiente de origen de Dora. Cualidades negativas que Freud había vislumbrado claramente en el padre y en la madre de Dora, sin haber luego tenido suficientemente en cuenta su recaída previsible sobre el proceso analítico que, por la ambigüedad en la que él se mantuvo al respecto, se convirtió en una repetición, en el entramado de la transferencia y la contratransferencia, de las situaciones penosas de falta de consideración y de desmentida que ella padeció en el seno de su familia (Goretti, 1997).²

¹ Numerosos ejemplos de lo que estoy aquí afirmando se encuentran en el artículo al que estoy haciendo referencia (Borgogno, 1998).

² Son muchos los autores que en el curso del tiempo han subrayado este aspecto, pero al respecto se pueden consultar con provecho dos trabajos recientes: Mahony, 2005; Sachs, 2005.

En mi opinión habrían derivado justamente de esto, la interrupción del tratamiento y la ardiente ofensa que llevó a Dora a despedirse repentinamente de Freud. Es decir de una herida narcisista, porque Dora se sintió, también en el análisis con Freud, como un objeto de canje y de explotación para la obtención de fines que iban más allá de sus intereses y no se relacionaban con su persona, sino con los adultos que tendrían que haberla cuidado (Freud, 1934-1938). Adultos – quiero subrayar– por lo menos bajo este aspecto sumamente defraudantes, engañosos y no dignos de confianza, ya que no supieron ni pudieron respetar las necesidades y los estados mentales de Dora, particularmente su necesidad de conocer y comprobar sus percepciones y las realidades afectivas que ella experimentaba, dándole respuestas adecuadas.

No quiero extenderme en este escrito en las problemáticas recién trazadas, sino para aclarar que, si consideramos al psicoanálisis como un recorrido, no tenemos que esperar hoy, al reexaminar su historia, nada diferente sino un aprendizaje gradual de la experiencia, que procede por ensayo y error, cambiando poco a poco tanto nuestro ordenamiento teórico, cuanto los instrumentos psíquicos necesarios para trabajar como analistas de manera cada vez más eficaz. No puede por lo tanto sorprendernos que, a un siglo de la fundación del psicoanálisis, volviendo a pensar sobre nuestro pasado, en particular el de las primeras décadas, tengamos que comprobar sus límites, bastante abundantes, y al mismo tiempo admirar el ingenio y la fertilidad que conllevan las tesis y los descubrimientos de Freud y de los pioneros de nuestra disciplina.

Este aspecto de caducidad de los modelos terapéuticos y de los principios teóricos es común, inevitablemente, a la evolución de cualquier rama del saber, que en su progreso, por medio de nuevas observaciones y nuevos interrogantes, no puede evitar dejar atrás acuerdos, paradigmas y estrategias técnicas, que se convierten en incompletos y a veces en obsoletos en el momento mismo en que se los considera asentados y se los piensa como adquiridos y ciertos. El mismo Freud en “Tótem y Tabú” (1912-1913) hace mención indirecta a esto cuando dice que es imprescindible (si bien difícil) tener que poner en discusión los “procesos psíquicos” de quienes nos han precedido, para ponernos en contacto y resonancia con todo aquello que una herencia científica constituida todavía no ha dicho, visto, escuchado y pensado.

II.

Llegando ahora al "centro" de estas notas, me propongo señalar con ellas, si bien a vuelo de pájaro, otra limitación de Freud; una limitación que toca al mismo análisis de Hans, poniéndose abiertamente en oposición con la llamativa sensibilidad y perspicacia demostrada por Freud al abordar el caso y, en especial, con la adquisición de parte de él –justamente en relación a Hans, como arriba señalé– de una nueva y más sólida capacidad de respeto y de atención hacia la contribución del paciente y sus características peculiares.

Quiero evidenciar concretamente la omisión que Freud hace en el examen del caso –de modo no diferente de lo que en general harán por mucho tiempo la mayoría de sus discípulos– de la especificidad del contexto familiar en el que los pacientes se encuentran y tienen que crecer.

Contexto familiar que, en relación a Hans, según lo que hoy podemos conocer a partir de diferentes estudios e investigaciones,³ se caracterizaba por una pareja de padres vinculada en una relación profundamente conflictiva y verdaderamente impregnada de dificultades en el campo sexual y de la comunicación; o sea por una pareja en franca crisis y cercana a la separación, que tal vez había intentado salvar un vínculo muy desgastado, trayendo al mundo a otro hijo.⁴

Un contexto problemático, el que circundaba a Hans, de cuyas vicisitudes Freud debía seguramente estar informado como ex (?) -analista de la madre⁵ y amigo-maestro del padre, como él mismo revela en 1922 cuando, varios años después del final de su tratamien-

³ Ver, entre otros Strean, 1967; Anthony, 1970; Glenn, 1980; Battistini, 1983; Bergeret, 1983; Hinshelwood, 1989; Joseph, 1990; Frankiel, 1992; Lindon, 1992; Ornstein, 1993; Guignard, 1996.

⁴ Para Freud el principal factor traumático habría sido simplemente la mayor exclusión de Hans de la pareja parental, por el nacimiento de la hermanita, que habría funcionado como elemento desencadenante de su neurosis fóbica. Para otros autores, como por ejemplo Slap (1961) la causa de la fobia fue la amigdalectomía padecida por Juanito, conjuntamente con las amenazas de castración por parte de los padres, mientras Bowlby (1973), Fineberg (1986), Joseph (1990) y Omstein (1993) ponen en relación sus síntomas sobre todo con intensas ansiedades de separación y a una forma de apego ansioso entre el niño y la madre, que el mismo Freud subrayó, si bien más genéricamente, muchos años después del tratamiento de Hans.

⁵ Es muy probable, como subraya Frankiel (1992) basándose en consideraciones de Anny Katan, que la madre de Hans, más que ser ex-paciente, estuviese en tratamiento con Freud contemporáneamente al trabajo analítico del padre con el hijo. Es cierto que Freud conocía

to, y al terminar su implicación con los Graf (los padres de Hans) comenta con evidente alivio y satisfacción en el *Apéndice* (Freud, 1909) que el muchacho de diecinueve años, de buena apariencia, no sólo ha “pasado sin daño la pubertad” sino que “ha superado una de las más difíciles pruebas para su vida afectiva: los padres se habían divorciado, y cada uno de ellos concertó un nuevo matrimonio” (Freud, 1909). En este contexto, como agregado, se podría suponer (sin mucho riesgo de equivocarnos) que Freud actuó también, consciente e inconscientemente, como sostén y como “pacificador”, ocupándose, en el interior del experimento pedagógico-terapéutico que representó su análisis, no sólo de las dificultades psicológicas y de la fobia de Hans, sino también de los conflictos, de las dudas acerca de la identidad y de la fragilidad emotiva que presentaban sus padres, por separado y como pareja, en su proyecto educativo, iluminado por el psicoanálisis.⁶

Pero la pregunta que se impone y coloca en primera línea estos elementos es por qué Freud habrá omitido del todo, en la presentación y en la exégesis de la neurosis y del tratamiento de Hans toda alusión a ellos, siendo que él revela conocer cómo para un hijo puede ser dramática una falta de armonía entre los padres, y cómo su separación representa un hecho penoso y desequilibrante, del cual es difícil salir indemnes, en especial cuando la pareja tiene dificultades para enfrentarla y reconocerla con franqueza. La ruptura de los lazos familiares, si bien no constituye una contingencia de por sí excepcional en la vida cotidiana de un niño o de un adolescente, marca siempre de manera considerable la atmósfera afectiva e intrapsíquica en la que se desarrolla un crecimiento; porque lo hace más difícil y complicado de lo común y, a veces, decididamente causante de trauma por lo que produce, por lo menos en un primer tiempo, en

a los Graf desde hacía mucho, y a Hans desde su nacimiento (M. Graf, 1942), al punto que, frente a las dudas de los padres, les recomendó que educaran al hijo según los usos judíos y lo circuncidaran (Rudnytsky, 1999). Y qué decir acerca del objeto de la fobia de Hans; se dice que entre las personas ligadas afectivamente a los padres había alguien muy conectado con el mundo de los caballos y del hecho, cierto, que Freud le regaló a Juanito para su tercer cumpleaños (edad en que se declaró su neurosis) un caballo mecedor.

⁶Según algunos autores, entre los cuales se incluye Silverman (1980), Freud, supervisando el caso de Juanito, habría ayudado al padre a retomar un lugar de autoridad en el seno de la familia Graf, un lugar anteriormente dejado vacío a causa de los problemas de carácter de la madre y de su misma notable ausencia (Max Graf estaba siempre lejos de casa “a causa de sus negocios”, si bien al final del tratamiento se interrumpió la amistad entre él y Freud, por razones (no aclaradas) ligadas a la actitud de imposición de Freud en el curso de la terapia del hijo (M. Graf, 1942).

términos de desbarajuste emotivo, de problemas de lealtad y traición hacia ambos padres, y de graves ansiedades acerca del propio destino futuro, ya sea que la ruptura se muestre abierta y definitiva, o cuando la separación, consumada en silencio, circula en la "casa" sin ser nunca un hecho explícito.

No obstante se puedan entender las dificultades que Freud hubo de encontrar para hacer públicos datos que se referían a personajes conocidos de su entorno (los padres de Hans pertenecían a la *intelligenza* vienesa, y además el padre frecuentaba los seminarios de la "*Wednesday Evening Psychological Society*"), no podemos evitar preguntarnos si es suficiente esta razón ética, si bien válida, para justificar la desaparición y el sacrificio de un pedazo sustancial de la realidad que estaba siendo explorada. O si, en cambio, una exclusión y una reticencia semejantes no terminen necesariamente por desnaturalizar las conclusiones científicas y de diagnóstico a las que se llega, llevando en nuestro caso a no preguntarse más acerca de qué "familia de Edipo" (De Simone, 2002) haya recibido a Hans y, en consecuencia, a cierto aplastamiento de visión y a una correspondiente pérdida de matices y de "variaciones sobre el tema" que, como repetidamente comprobamos en la experiencia clínica, muy a menudo hacen la diferencia, y no se reducen en absoluto a meros detalles.

Más allá de la retórica subyacente en mi pregunta anterior, en verdad personalmente estoy del todo convencido que a partir de tal necesidad de orden ético —la cual tal vez en ese entonces como hoy podía ser enfrentada y resuelta de otra manera— puede haberse también difundido y radicado en la comunidad psicoanalítica una orden hipnótica a no ver y a no reconocer como determinantes "las realidades" del contexto en el que una mente nace y se desarrolla (sea este contexto el de origen o el terapéutico) y que, lamentablemente luego en el curso de la evolución de nuestra disciplina nos hemos olvidado de revocarla. Una orden inconsciente a no ver y no reconocer segmentos de vida —acá, con respecto a Hans, algunos evidentes déficits de parentalidad de los que los "suyos" eran portadores y un "probablemente florido" desacuerdo familiar tapado por desmentida y mentira— en nombre, en último análisis, de una generalización homologante y demasiado simplista, dictada sin duda por la necesidad de confirmar el "nuevo" pensamiento y las tesis idiosincráticas acerca de la primacía de la sexualidad infantil y de los afectos ligados al complejo de Edipo, y acerca del lugar central de las predisposiciones constitucionales en la etiología del

sufrimiento neurótico, en menoscabo del conjunto más amplio de dinámicas pulsionales y relacionales que inevitablemente se ponen en juego en cada núcleo familiar. Necesidad, ésta última a la que acabo de aludir, en alianza inconsciente, no sólo en la madre y en el padre de Hans, sino en Freud mismo, con análogas falencias personales y con puntos ciegos no suficientemente analizados y elaborados por todos ellos: falencias y puntos ciegos que, por lo que a Freud concierne, lo habrían llevado –a pesar de sus nobles intentos de perseguir a toda costa la verdad y la investigación en contra de las inhibiciones y las constricciones de su época– a “aullar con los lobos” (Freud, 1921, pág. 275; Gaburri, Ambrosiano, 2003) y a conformarse con el moralismo y la hipocresía de las tendencias socio-culturales dominantes y, por lo tanto, a pactar de alguna manera con las evidentes y notables contradicciones de base de los padres. Y todo eso justo en el momento en que se proponía con valor y creatividad desligar el desarrollo de Hans de los “pecados educativos” de la época y de sostener sin reservas el deseo investigativo y epistemofílico del niño, bien divisando las fallas pequeñas y no tan pequeñas en la asistencia y a los abusos de saber y de poder pequeños y no tan pequeños, que la asimetría de rol indefectiblemente estimula y favorece, aun cuando se trata deliberadamente de evitarlos.

Deteniéndonos –antes de pasar a evaluar rápidamente los efectos sobre Hans de estas desapariciones– todavía por un momento sobre Freud (y sobre las razones por las cuales nos puede haber ofrecido una imagen idílica del matrimonio Graf, sin hacer referencia alguna a los aspectos peculiares de sus personalidades y a las contrastadas vicisitudes de su relación conyugal), tenemos que subrayar, como complemento, que al mismo tiempo tiene que haber pesado en la elección de no difundir los elementos en cuestión, también la idealización indiscutible que él manifiesta hacia su familia nuclear y “ampliada” (idealización presente en igual medida en muchos otros progenitores nuestros, por ejemplo Melanie Klein).⁷ Idealización que, por lo que al ámbito de nuestro discurso se refiere, inviste –desde lo más evidente– sobre todo al padre de Hans, quien a través del análisis del hijo se convierte en paladín insustituible de la “criatura” misma de Freud, el psicoanálisis.

⁷ Acerca de esto, y en especial por lo que se refiere a la idealización de la madre en Freud y en Melanie Klein, se pueden consultar las interesantes observaciones de Speziale-Bagliacca (2004).

Además de esto, no hay que descuidar que Freud, independientemente de ser hijo de su tiempo y de haber tenido buenas razones para no exponer a los ojos del mundo "la privacidad" de estos personajes por él tan queridos, es de todos modos hijo de su autoanálisis, y por lo tanto inevitablemente limitado, inexperto y discontinuo en su exploración, si bien ésta sea la de alguien que puede mirar muy lejos. Sirva como indicio ulterior de sus lagunas en el área que estoy explorando, la "gran ausencia", como la llama Anzieu (1996) en el repertorio y en el léxico de los fenómenos por él estudiados, del concepto y de la categoría de "pelea conyugal". Área, la de "pelea conyugal", ignorada por Freud y –como siempre puntualiza con agudeza Anzieu– que por su naturaleza no es de por sí "autoanalizable", así que el gran y particular interés que él le dedica a la escena primaria⁸ termina inexorablemente por eludir y no nombrar su importante variante que es "el escándalo familiar".⁹ Una contingencia del todo común, verbal pero no raramente en todo sentido "corpórea", de la cual la mayoría de los niños son espectadores (no solamente los hijos de parejas "mal avenidas"), con la consecuencia simultánea de graves e intensas repercusiones sobre la propia vida mental y sobre el propio aparato perceptivo, principalmente mientras que estas dolorosas vicisitudes no se puedan nunca recomponer realmente y, más allá de las apariencias, se vuelvan por lo general secretas y enigmáticas por la censura y el encubrimiento que, en lugar de erógenos (Laplanche, 1992), si esto ocurre, deberían ser definidos de manera más apropiada como algogenos (Borgogno, 2002).

En cuanto a Hans, para cerrar esta segunda parte de mis consideraciones, se puede suponer que numerosas dificultades suyas hayan sido alimentadas y favorecidas justamente por los padres, por sus preconceptos, por sus contrastantes rasgos de carácter, por la ambigüedad, por la intrusividad, la inmadurez de su comportamiento, que emergen de una actual relectura del caso y, por último, de las

⁸ Por más que haya autores –Etchegoyen (1988) por ejemplo, pero también Fromm et al. (1968), Bowlby 1973, Garrison, 1978, Silverman, 1980, Shanken, 1981, Fineberg, 1986, Ross, 1987; Davis, 1991; Frankiel, 1991, 1992; Lindon, 1992– que ponen en evidencia cómo el análisis de Freud carezca sobre todo de la investigación de la escena primaria de Hans, ya sea porque no considera cómo la vivía y percibía él subjetivamente, o porque introduce los aspectos pre-édipicos y negativos de su constelación edípica.

⁹ Nota del traductor: el autor hace aquí un juego de palabras que sólo es posible en italiano entre "scena (escena) primaria" y "scenata" (escándalo, pelea) familiar.

supuestas vicisitudes atormentadas de su relación de pareja. En resumen, de su propia neurosis, del desconocimiento, de la represión, del desplazamiento y de la evitación que contaminaron la educación de Hans, empujándola a menudo a encallarse sobre las vías repetitivas de la fobia, como indicador de un malestar y de un sufrimiento que no podían ser expresados ni pensados por cualquier integrante de la familia, y por esto, también ambiental y no sólo fisiológicamente individual. Este cúmulo de elementos –en particular–, un nivel no descartable de ansiedad difusa, confusión e interdicción en el plano de la sexualidad y de la hostilidad inconscientes, conectadas a los procesos de subjetivación y separación, un “aspecto infantil” que se ha vuelto vivo y palpitante en ellos mismos al nacer los hijos, o, para ser más exactos, “excitado” y “excitable” pero también en ellos mismos parcialmente prohibido, escindido y denegado,¹⁰ habría causado la irremediable perturbación, exacerbación y enredo del despertar natural y del desarrollo de la curiosidad infantil de Hans y, como causa de esto, su peculiar declinación del fantasma de la escena primaria, además de su ubicación sin duda conflictiva, en el interior de los procesos de triangulación edípica.

¿Finalmente no podrían la sintomatología y las fobias cambiantes y ruidosas de Hans, representar una solución inconsciente utilizada por los Graf y por el mismo Hans para garantizar la unión y la permanencia de la familia, desplazando y concentrando en otro lado los dilemas y las ásperas problemáticas de los padres, a fin de proteger y reparar por esta vía (proyectivamente de parte de los padres, e introyectivamente por parte de Hans) un vínculo parental

¹⁰ No voy aquí a nombrar los múltiples déficit de los padres, acerca de los cuales Freud mismo colude inconscientemente, en especial a causa del “monismo falocéntrico” que en esos tiempos caracterizaba su visión. Quiero sin embargo subrayar cómo los padres de Hans estuvieron “excitados” por las problemáticas que la investigación de Hans iba explorando, pero al mismo tiempo estuvieron empapados de vergüenza y pudor neuróticos que hacían vacilante y contradictorio su apoyo a la investigación del hijo. Se sucedían en efecto en ellos comportamientos discutibles, ya que pasaban rápidamente de indulgencias seductoras a severidad y prohibiciones excesivas, y demostraban una ambivalencia invasora al favorecer, o al contrario, obstaculizar la investigación epistemofílica de Hans. Sirva para todos como ejemplo de contradicción la siguiente anotación: la madre invitaba al niño a su cama para mitigar su propia soledad, lo invitaba a que la acompañara en el baño, y seguidamente lo alejaba y lo amenazaba con el abandono y la castración por su masturbación; el padre lo estimulaba con continuas preguntas acerca de las diferencias sexuales, pero al mismo tiempo lo alejaba de muchos elementos (pasaba por alto los testículos y prohibía “ toda percepción de Hans de la vagina y de la sangre menstrual”).

que peligraba, puesto que –justo luego de la mejoría y de la cura de Hans– la pareja irá hacia el previsible final de separación y divorcio?¹¹

En síntesis, si por un lado podríamos seguir sosteniendo que Hans, gracias a la mirada terapéutica paterna, volvió a llamar la atención de un padre antes ausente y probablemente distraído, convocando, por medio de sus síntomas, nuevamente sobre sí los cuidados paternos que le habían sido sustraídos por el nacimiento de la hermanita; por otro lado no se puede ignorar de cómo Hans fue hecho objeto de una mirada más interesada y más relacionada al psicoanálisis y a su fundador, que a él mismo como individuo, y a sus singulares exigencias epistemofílicas y afectivas. Se ha convertido, en otros términos, él también en aquella “jirafa ajada” o mejor “*mal plegada*” en el significativo *lapsus calami* que comete Ferro (1992) al referirse a eso, sobre el cual mi texto *Psicoanálisis como recorrido* (Borgogno, 1999) ha tratado de llevar la reflexión: un niño tratado en muchas ocasiones, más como “un texto de papel” que como “un ser viviente”, porque la dinámica libidinal y pulsional subyacente a sus necesidades, impulsos y ansiedades ha sido “abstraída” y aislada por el mismo Freud de las características específicas de la familia en la que surge, con la consiguiente “extracción” de núcleos de existencia que sin duda alguna influían sobre la formación de una mente joven (Borgogno, 1999). Un niño al cual por momentos se le puede haber pedido –es difícil no imaginarlo– de hacerse a un lado, de apagar la “luminosidad” de su inteligencia inconsciente (la freudiana “*strahlende Intelligenz des Kindes*”) y de volverse así en diferentes momentos “tonto” para complacer las expectativas y los valores de los adultos (Guignard, 1996).¹²

¹¹ No he enfrentado aquí, obviamente, la evidente dificultad de cómo manejar psicoanalíticamente en los tratamientos de niños y adolescentes las “realidades” relativas a las disputas, la infidelidad, la patología de sus ambientes familiares.

¹² En la literatura psicoanalítica concerniente a este aspecto, es especialmente Florence Guignard (1996) quien rescata la inteligencia inconsciente de Hans mostrando –casi sin piedad– las múltiples negligencias y materializaciones producidas por el “sadismo inconsciente” de sus padres y de Freud mismo en respuesta a las observaciones y preguntas pertinentes que él hace. Guignard parece por lo tanto considerar, en su relectura del caso, la fobia de Hans como un “rincón de estupidez” de su organización psíquica, que se ha ido en parte estructu-

III.

Para ir concluyendo, desde mi punto de vista, habría sido justamente la negación del impacto decisivo de estos aspectos sobre la historia y sobre el destino de Hans que contribuyó a volverlo en parte “invisible” (invisible a sí mismo, a sus padres, a Freud) para citar la curiosa y para nosotros sugestiva expresión “hombre invisible” con la que debutó, para retratarse a sí mismo y a su rol en su carrera profesional, en la entrevista “Memoirs of an invisible man”, concedida a Francis Rizzo en 1972 para la revista *Opera News* (H. Graf, 1972), dos años antes de morir.¹³ Hans –alias Herbert Graf– que ‘de grande’ se convirtió en el primer director de ópera del Metropolitan de New York, esbozará así, con palabras que captan a fondo la esencia de su persona, la definición de hombre invisible que considera haya mayormente marcado sus cincuenta años de producción artística: el hombre invisible es aquel que es consciente de “tener que quedarse detrás de los bastidores, dejando que la luz se proyecte sobre la ópera” dejando entonces el paso libre a aquellos que en sus libros llama “*primedonne*” y, en esta misma entrevista, “stars” (directores de orquesta, así como cantantes).¹⁴

Si avanzamos, entonces, apenas poco más allá de su enunciado manifiesto, la definición de “*hombre invisible*” –que el mismo Graf eligió para sí como “tarjeta de presentación” y como símbolo de su *modus vivendi*– ¿no podría asumir, si referida a su vida entera, un significado más vasto y más radical, trayendo a nuestra mente la imagen de *un niño* por diversos aspectos *no escuchado y no visto*? O

rando a los fines de no perder el amor de los padres. Entre los límites que ella denuncia –pensando, entre otras cosas, en la sucesiva e incansable demanda de análisis que Ferenczi presentará en vano a Freud– enumera los siguientes: “Represión de la sexualidad, escisión mente/cuerpo, conformismo empapado de ostracismo, espíritu de clan fundado sobre la competencia fálica usada como la desmentida de la diferencia entre los sexos, primado de las apariencias y del ‘qué dirán’ sobre la realidad psíquica y denigración de las expresiones de amor y de dependencia afectiva”.

¹³ Herbert Graf morirá en Zurich el 5 de Abril de 1973, cinco días antes de su septuagésimo cumpleaños.

¹⁴ En el curso de su larga carrera en el ámbito teatral, Herbert Graf escribió tres libros sobre la producción operística (*The Opera and its future en America*, 1941; *Opera for the people*, 1951; y *Producing Opera for America*, 1961) y firmó el proyecto para un escenario especial donde los espectáculos podían ser grabados y filmados con la ayuda de toda una batería de cámaras de televisión invisibles, que desde diferentes ángulos podían filmar todo lo que pasaba en el escenario sin molestar ni a los actores, ni al público (Norman, 1983).

sea un niño víctima del narcisismo de un padre y una madre quienes, demasiado centrados en sí mismos y en sus ambiciones, fueron discontinuos en el entender, en el reflejar y corresponder con atenta solicitud las primitivas demandas de cercanía y de sostén de su hijo y su deseo de saber. Siguiendo esta hipótesis, Hans, obligado a adecuarse a una mentalidad de fondo puritana e hipócrita, por momentos sádica y cruel, y a menudo ambivalente y llena de ostracismo, habría de hecho quedado despojado de algo estrictamente suyo, transformándose con el pasar de los años en aquel "*hombre invisible*" de la Opera, con el que, en la entrevista, consigue de manera pre-consciente con una única y eficaz pincelada enfocar el "corazón" de su problema existencial. Un niño-hombre, en definitiva, quien *ve sin ser visto y sin poder mostrarse a sí mismo ni a lo que ve* –persiguiendo, para usar las palabras de Freud, una propia e independiente investigación cognitiva que quedará, en el ajuste de cuentas, en parte "secreta" para los "grandes" pero también para él mismo (Freud, 1907;1908)– *y al mismo tiempo desiste* de pelear con continuidad y coherencia por su propio proceso de búsqueda de verdad, y se sustrae en muchas situaciones de un juicio autónomo y de la confrontación consigo mismo y con los demás, por medio de la adhesión mimética y del sometimiento acrítico a las exigencias "oficiales" del grupo al cual pertenece.¹⁵

Podemos así extraer, entre las líneas de sus *Memorias* y de sus libros, como confirmación de las hipótesis que hemos hecho, una inclinación a la renuncia del pequeño Hans, ya adulto, tendiente a minimizar sus propios recursos, a envilecer sus sueños, su pensamiento, su sentir y su obra, a la cual se contraponen una evidente idealización de las figuras parentales, sobre todo la paterna.¹⁶ Una

¹⁵ En cuanto al "*invisible man*", como surgió en una discusión que tuve con Dina Vallino Macció, se podría tal vez por otro lado pensar también en una identificación de Hans Graf con aquel "invisible supervisor", que fue Freud en relación a la cura por él recibida a través del padre. Un "invisible supervisor" que por otro lado, bajo muchos aspectos ha "peleado por él".

¹⁶ Nos sirvan de prueba de su idealización del padre, las siguientes citas de su entrevista: ... "Un hombre extraordinario, el más extraordinario que yo haya conocido jamás. Es recordado principalmente como musicólogo y como crítico, pero sus intereses y sus éxitos alcanzaron muchos campos diferentes. [...] Fue también un excepcional estudioso de literatura y estética, y fue docente de ambas, primero en la academia de Viena y luego en este país. Fue también un sagaz analista político, y con los años escribió importantes artículos para la *Neue Freie Presse*. Estaba al mismo tiempo cómodo con la filosofía y con la ciencia, y estaba perfectamente en condiciones de conversar sobre matemática con Einstein, cosa que tuvo oportunidad de hacer cuando se encontraron en los Estados Unidos. Era un cosmopolita, pero al mismo tiempo un

debilidad de carácter, si se prefiere, ubicada a nivel de la afirmación personal, que lo ha hecho proclive a someterse a los que describe como hombres más poderosos y brillantes, a la cual correspondió cierta cuota masoquista de “abnegación de sí” (Ferenczi, 1920-32) por su tendencia a ponerse en numerosas ocasiones al servicio de otros, con el fin, tal vez, de recomponer en una unidad elementos discordantes y rivales (“estrellas” y directores, padre y madre, viejo y nuevo, Europa y América, padre e hijo).¹⁷ Una discrepancia, en breve, entre una clara “tendencia a la acción”, expresada en la creatividad y en el empeño que acompañan su labor de director de escena, y una también clara tendencia a la dependencia y a la pasividad o condescendencia (Holland, 1985, 1986) que por el contrario parecen teñir tanto su relación con las figuras de relieve del mundo del espectáculo (casi como si su parte más creativa y vital tuviera siempre que yacer oculta y ceder a voluntades superiores) cuanto sus relaciones personales afectivas y sentimentales.¹⁸

Considero naturalmente que las anotaciones que he ofrecido representan puntos de partida y creo que poco importa si son o no realmente pertinentes por lo que atañe al caso de Hans o si no son un

auténtico vienes bajo todo punto de vista: sabía gozar de un vaso (y más) de vino y de la compañía de lindas mujeres. Uno de mis más vívidos recuerdos de infancia es el de mi padre parado sobre el estribo lleno de gente del tranvía, mientras iba al partido de fútbol del domingo al *Hole Warte*, con una mano en la barra y en la otra su libro máspreciado, una copia muy estropeada de la *Crítica de la Razón Pura* de Kant” (H. Graf, 1972, 36, 14). Sobre esta tendencia a la idealización, y en particular a la idealización de los varones, hay que decir sin embargo que pesó el cruce de la idealización simultánea de Freud hacia su padre y la de su padre hacia Freud, con la diferencia que, mientras Freud dio signos evidentes de darse cuenta, el padre permanece en su posición “soberbio”, como observa Hans, en su someter, aplastar, controlar de manera competitiva al hijo. Puede haber estado en juego en los miembros de este triángulo, si bien en diferentes niveles, una tendencia homosexual, que podría asimismo representar el motivo de cierto temor hacia los sentimientos y las necesidades de intimidad, y de las consiguientes defensas de alejamiento-evitación.

¹⁷ Herbert Graf, como se deduce de sus libros, trató por un lado, si bien no renunciando a la tradición europea, de desaristocratizar a la ópera, haciéndola popular y accesible a la gente por ser extereorización y visualización del mundo interno de fantasía; y por otro, de hacerla expresiva y armoniosa para quien actúa y para quien es espectador, sin que en su puesta en escena una parte prevaleciera sobre otra. Se enfrentó, para usar sus propias palabras, contra quien trabajaba “para su propio engrandecimiento en lugar que para la causa común” pero al final, persiguiendo ese objetivo programático, minimizó –como él mismo declara– su propia voz y su propio rol, subordinándose sucesivamente a los “grandes” de turno.

¹⁸ Se podría, sin embargo, tomándolo todo en cuenta decir que, mientras a nivel público, en los “lugares de la escena y la estructuración-organización de sus producciones artísticas, él

plus plausible e intrigante, pero de menor importancia y de carácter mayormente especulativo. A través de ellas, en el intento de extender las "frecuencias" sobre las cuales sintonizar nuestra escucha del sufrimiento y la incomodidad, quisiéramos ante todo estimular dudas, inquietudes y preguntas que puedan ampliar aún más la multiplicidad de perspectivas desde las cuales es necesario tomar en cuenta el desarrollo afectivo infantil, para que de esta manera, se pueda llegar lo antes posible a actualizar sin temor ni duda la narrativa psicoanalítica con la que organizamos la experiencia clínica que en el curso de este siglo ha ido acumulándose de modo progresivo y abundante. Preguntas, *in primis*, sobre el ingreso diferente de cada niño en el Edipo, y sobre la diferente configuración en cada uno de ellos a partir de los "*real life events*" que marcan la cotidianeidad de una familia (en los "*real life events*" incluyo las cualidades cognitivas y afectivas de los padres y de los *caregivers*), e ineludiblemente sobre lo que produce salud y vitalidad en el crecimiento o, al contrario, dolor y bloqueo psíquico, para modificar —si hace falta— nuestra inspiración investigativa y terapéutica.

A modo de despedida, tenemos que recalcar que los nuevos datos que hoy tenemos acerca de Hans, incluida la entrevista, sobre la cual hemos apoyado algunas de nuestras argumentaciones, constituyen para todos nosotros una firme invitación a reabrir el caso, utilizando otras llaves de lectura que tomen en cuenta los elementos descuidados, o parcialmente silenciados. Si bien con estas notas sé perfectamente que toda mirada lleva obligatoriamente a no tomar en cuenta la participación de otros factores y que también yo, no haciendo "excepción a la regla", he "llevado agua a mi molino" inspirado por el "tic teórico" que informa mi manera de pensar el psicoanálisis (Borgogno, 2005), estoy sin embargo seguro que, releyendo a través del lente de la prueba del tiempo su historia clínica, aun desde vértices

consiguió contener e integrar sus escisiones (no olvidemos que la fobia y sus vicisitudes fueron su primera "producción" y "puesta en escena") no pasó lo mismo en su mundo privado. Como observa Giovacchini (1982) a propósito de su vida: "Es interesante notar como Freud considerara al pequeño Hans como un niño normal porque presentaba un complejo de Edipo positivo. Es cierto que Hans había dado pruebas notables de poseer típicos sentimientos edípicos y, según el punto de vista de Freud, pertenecientes al complejo edípico positivo. Sin embargo, en su historia sucesiva, la tendencia homosexual no aparece omitible. Se convirtió en director de orquesta. Tuvo algunas relaciones sádicas con mujeres y le fueron atribuidas relaciones homosexuales. Cualquiera que fuera la verdad, tenía mala fama, lo cual no es un resultado normal de un complejo edípico positivo en un niño normal".

totalmente diferentes y lejanos de aquellos que he sugerido, podremos compartir todos la opinión que Hans pertenece con todo derecho al numeroso grupo de pacientes que sirvieron a la “Causa”, pagando en alguna medida “con su sufrimiento no comprendido del todo” nuestra evolución, prescindiendo de la efectiva ganancia en salud psíquica que consiguieron a través de la cura que se les brindó: Anna O., Dora, el Hombre de los Lobos, Sabina Spielrein, Elizabeth Severn, Fritz y Felix.... para recordar sólo algunos de ellos.¹⁹

BIBLIOGRAFIA

- ANTHONY, E. J. (1970) The reaction of parents to the oedipal child. In Anthony E. J. & Benedek T. (eds.), *Parenthood*, Little and Brown, Boston.
- ANZIEU, A. (1996) *Créer. Détruire*, Dunod, Paris.
- BATTISTINI, A. (1983) La nevrosi infantile dal “piccolo Hans” al “piccolo Frankie” di Berta Bornstein. En *Le nevrosi infantili*, Bollati Boringhieri, Torino.
- BERGERET, J. (1983) L’imago maternelle chez le petit Hans. In *Rev. Franç. de Psychanalyse*, 47, 4: 899-920.
- BORGOGNO, F. (1998) El caso clínico de Juanito como ensayo de técnica. En *El psicoanálisis como recorrido*, Editorial Síntesis, Madrid, 2001.
- (1999) *El psicoanálisis como recorrido*, Editorial Síntesis, Madrid, 2001.
- (2002) “Por qué Ferenczi hoy”. *Revista de Psicoanálisis*, LXI, 4: 887-900, 2004.
- (2005) “Who is the author speaking to? The impact of intended audience on theoretical framing of clinical material”. *Psychoanal. Dial.*, 15, 6: 917-928.
- BORGOGNO, F.; FERRO, L. (2004) “‘Little Hans’ updated”. *Quaderni di Psicoterapia Infantile*, 49: 9-16.
- BOWLBY, J. (1973) *Attachment and loss*, Vol. II, Basic Books, New York.
- DAVIS, R. (1991) “Freud’s concept of passivity”. *Psychological Issues Monograph*, No. 60.
- DE SIMONE, G. (2002) *Le famiglie di Edipo*, Borla, Roma.
- ETCHEGOYEN, R. H. (1988) ‘The analysis of Little Hans and the theory of sexuality’. *Int. Rev. Psychoanal.*, 15, 1: 37-43.
- FAIMBERG, H. (1981) “Listening to listening”: an approach to the study of

¹⁹ No existe ciencia que no haya progresado sin algún “derramamiento de sangre”.

- narcissistic resistances. En *The telescoping of generations*, Routledge, London/New York, 2005.
- FERENCZI, S. (1920-32) Frammenti e annotazioni. En *Fondamenti di psicoanalisi*, Vol. Quarto. Guaraldi, Rimini, 1974.
- (1932) Confusione delle lingue tra adulti e bambini. En *Fondamenti di psicoanalisi*, Vol. Terzo. Guaraldi, Rimini, 1974.
- FERRO, A. (1992) *Técnicas de psicoanálisis infantil*. Biblioteca Nueva, Madrid, 1998.
- FINEBERG, B. L. (1986) "Structure and defense in the therapy of Little Hans". In *Bulletin Menninger Clin.* 50, 5:440-446.
- FRANKIEL, R. (1992) "Analysed and unanalysed themes in the treatment of Little Hans". *Int. Rev. Psychoanal.* 19, 3: 323-333.
- FREUD, S. (1905a) Frammento di un'analisi d'isteria (caso clinico di Dora), *O.S.F.*, Vol. 4, Boringhieri, Torino.
- (1905b) Tre saggi sulla teoria sessuale, *O.S.F.*, Vol. 4, Boringhieri, Torino.
- (1907) Istruzione sessuale dei bambini. Lettera aperta al dottor M. Fierst, *O.S.F.*, Vol. 5, Boringhieri, Torino.
- (1908) Teorie sessuali dei bambini, *O.S.F.*, Vol. 5, Boringhieri, Torino.
- (1909) Analisi della fobia di un bambino di cinque anni, *O.S.F.*, Vol. 5, Boringhieri, Torino.
- (1912-1913) Totem e tabù, *O.S.F.*, Vol. 7, Boringhieri, Torino.
- (1921) Psicologia delle masse e analisi dell'io, *O.S.F.*, Vol. 9, Boringhieri, Torino.
- (1934-1938) Mosè e il monoteismo: tre saggi, *O.S.F.*, Vol. 11, Boringhieri, Torino.
- FROMM, E. et al. (1968) "The Oedipus complex: comments on the case of Little Hans". *Contemp. Psychoanal.*, 4: 178-188.
- GABURRI, E.; AMBROSIANO, L. (2003) *Ululare con i lupi. Conformismo e Réverie*, Bollati Boringhieri, Torino.
- GARRISON, M. (1978) A new look at Little Hans *Psychoanal. Rev.* 65 523-532.
- GIOVACCHINI, P. (1982) *Freud per il clinico pratico*, Boringhieri, Torino 1984.
- GLENN, J. (1980) Freud's advice to Hans's father: the first supervisory sessions. In Kanzer M. and Glenn J. (Eds.), *Freud and his patients*. Jason Aronson, Northvale, NJ.
- GORETTI, G. (1997) "Le menti violate. Pensieri su Dora, Schreber, Paul ed altri". *Rivista di Psicoanalisi*, XLIII, 4, ott.-dic., 635-657.
- GRAF, H. (1941) *The Opera and its future in America*, Norton, New York.

- (1951) *Opera for the people*, Univ. of Minnesota Press, Minneapolis.
- (1961) *Producing Opera for America*, Atlantis, New York and Zurich.
- (1972) "Memoirs of an invisible man: a dialogue with Francis Rizzo". En *Opera News*, 36, 11: 25-28; 36, 12: 27-29; 36, 13: 27-29; 36, 14: 26-29.
- GRAF, M. (1942) "Reminiscences of Professor Sigmund Freud". *Psychoanal. Quart.*, 11: 459-476.
- GUIGNARD, F. (1996) *Au vif de l'infantile*, Delachaux et Niestlé, Lausanne.
- HINSHELWOOD, R. D. (1989) "Little Hans's transference". *J. Child Psychotherapy*, 15,1: 63-78.
- HOLLAND, N. N. (1985) *The I*, Yale Univ. Press, New Haven.
- (1986) Not so Little Hans: identity and aging. En Woodward K. and Schwartz M. M. (Eds.), *Memory and Desire*, Indiana University Press, Bloomington.
- JOSEPH, D. (1990) "Preoedipal factors in 'Little Hans'". *Journal of the American Academy of Psychoanalysis*, 18, 2: 206-222.
- LAPLANCHE, J. (1992) *La révolution copernicienne inachevée*, Aubier, Paris.
- LINDON, J. A. (1992) "A reassessment of Little Hans, his parents, his castration complex". *Journal of the American Academy of Psychoanalysis*, 20: 375-394.
- MAHONY, P. J. (2005) "Freud unadorned and unadorable: a case history terminable and interminable". *Psychoanal. Inquiry*, 25, 1: 27-44.
- NORMAN, J. (1983) Little Hans: the dramaturgy of phobia. Matthis I. and Szecsódy I. (Eds.), *On Freud's couch. Seven new interpretations of Freud's case histories*, Jason Aronson, Northvale, NJ, 1998.
- ORNSTEIN, A. (1993) Little Hans: his phobia and his Oedipus complex. In Magid B. (Ed.), *Freud's case studies*, Analytic Press, Hillsdale, N.J.
- ROSS, J. M. (1987) The riddle of Little Hans. Lavoro letto il 5 gennaio 1987 al "Meeting of the Psychoanal. Assn. of New York University".
- RUDNYTSKY, P. L. (1999) "Does the professor talk to God?": counter-transference and Jewish identity in the case of Little Hans. In *Psychoanalysis and History*, 1, 2: 175-194.
- SACHS, D. M. (2005) Reflections on Freud's Dora case after 48 years. In *Psychoanal. Inquiry*, 25,1: 45-53.
- SHANKEN, W. J. (1981) Little Hans's negative oedipal conflict. *J. Philadelphia Assn. Psychoanal.* 8 167-172.
- SILVERMAN, M. (1980) A fresh look at the case of Little Hans. In Kanzer M. and Glenn, J. (Eds.), *Freud and his patients*, Jason Aronson, Northvale, NJ.

EL "PEQUEÑO HANS" REVISADO: HOMENAJE A "UN HOMBRE INVISIBLE"

- SLAP, J. W. (1961) Little Hans's tonsillectomy. In *Psychoanal. Quart.*, 30, 2: 259-261.
- SPEZIALE-BAGLIACCA, R. (2004) *Ubi Maior. Il tempo e la cura delle lacerazioni del Sé*. Astrolabio, Roma.
- STREAN, H.S. (1967) A family therapist looks at "Little Hans". In *Fam. Proc.*, 6: 227-233.
- VALLINO MACCIÓ, D. (2006) Comunicación personal.

Franco Borgogno
Via Cavour 46
10123 - Torino
Italia

